

Biólogos jóvenes tras animales en Tunquini

Erick Ortega Revista "Escape" de La Razón - La Paz agosto 2003

El Parque Nacional de Cotapata acoge en sus tierras a la Estación Biológica. Allí, nóveles profesionales se trazaron un objetivo: hacer más grata la convivencia del hombre con el medio ambiente.

"Tiburoncín no quiere comer", la noticia cae como una piedra en el cansado Guido. Caminó cuatro horas desde el río Huarinilla hasta Tunquini para ver a su pez favorito y justo antes de llegar a la Estación Biológica, René, el encargado del lugar, le da la mala noticia.

No tuvo más alternativa que caminar porque los vehículos sólo acceden hasta Chairo. Tunquini descansa en el centro del departamento de La Paz, al sudoeste del Parque Nacional Cotapata. Es una de las áreas protegidas del país con bosques nublados, montanos y húmedos. La naturaleza ofrece paisajes muy diferentes: desde el páramo hasta la abundante vegetación. La altitud también varía de 1.500 a 3.600 metros. Son tierras semivirgenas en las que un grupo de jóvenes biólogos realiza trabajos de investigación en un área de unos 60 kilómetros.

Una vez en la Estación Biológica de Tunquini, Guido se acerca al acuario y pide que le pasen un pequeño trozo de carne vacuna. Corta un pedazo y se lo da al pez. Tiburoncín parece ocultarse detrás de algunas hojas. De pronto, su plumoso cuerpo va en busca del alimento y una "o" se dibuja en su boca. La preocupación del dueño se esfuma como la roja carne devorada con gran apetito y agilidad.

Guido recién se quita la mochila más tranquilo y toma un vaso de refresco. Eddy, uno de sus compañeros, dice en son de broma que el pez entró en huelga de hambre porque extrañaba a su amo.

A primera vista, el Pimelódido (*Rhamdia quelem*) no es especial. Mide casi 15 centímetros y tiene largos bigotes con las puntas dobladas hacia arriba, como un gran señor del siglo XIX. A su lado, en otra pecera están Pepe y Juan que pertenecen al género *Astroblepus*. Si los peces tuvieran pies se podría decir que ellos corren y saltan rodeando su comida. Luego, cual si estuvieran bromeando, abren sus bocas y ayudados de sus ventosas parecen estampados en las ventanas de la pecera. En las tiendas de acuarios se los conoce como limpiadores.

Guido Miranda Chumacero, de 27 años, trabaja en la estación junto a una decena de propuestas financiada por la Fundación Mac Arthur. Su proyecto se denomina Peces ornamentales de ríos de montaña. "El objetivo es evaluar las potencialidades ornamentales de estos individuos".

Los peces del lugar podrán ser comercializados en las ciudades en el futuro. "Los beneficios de estas investigaciones deben llegar a los comunarios del Chairo y zonas aledañas", explica el científico mientras alimenta a Tiburoncín. Separados por un vidrio, Pepe y Juan observan. Cuando se le pregunta a Guido la razón de los nombres, sonrío:

"Cada uno de los animales, como los hombres, tiene su propio carácter".

El esquivo sari de Eddy Grandes gotas de lluvia se filtran entre las hojas verdes. El cielo está a punto de llover y Eddy permanece de pie. Carga una pesada mochila y en las manos lleva un detector del tamaño de una antena televisiva. "Rrrrruuuuu, rrrrruuuuu", el sonido del aparato se repite y Eddy gira el cuerpo. "Tín, tín, tín", la señal cambia de pronto. Apresura el paso. Corre cerca a 200 metros y con el radar forma una coordenada en dirección al lugar de donde sale el "tín, tín, tín", sonido similar al anterior. "El sari está por allá", comenta y la lluvia ya moja al feliz investigador.

Eddy Pérez Limachi, de 29 años, trabaja allí desde hace dos años. "La primera vez que encontré al sari (roedor de aproximadamente 30 centímetros de largo) le puse un radiocollar para saber por dónde se mueve". En medio año sólo pudo ver al animal en dos ocasiones. Sin embargo, pasa los días detrás de él.

Junto a Eddy trabaja Nicaned de los Ríos. Elabora una tesis que fue denominada Abundancia relativa del sari en bosques con perturbación alta y baja.

En las mañanas, con un par de naranjas y plátanos, hacen un tomahawk, trampa con enrejado de alambres que no daña al sari (*Dasiprocta variegata*), y esperan jornadas enteras a que el animal caiga. Cazan tejones y otros saris, pero el objeto de su investigación se escabulle. "Es un bicho muy esquivo", justifica Eddy, pero no pierde la esperanza y sigue la búsqueda cortando hierba con su machete para abrir nuevas sendas.

Nicaned, de 25 años, también tiene su forma de seguir al sari. Colocó arena en ciertos lugares y verifica, según las huellas de los animales, por dónde se mueven los roedores. "Es una mujer valiente", dice Luis al referirse a ella.

Los habitantes de las comunidades cercanas ven al sari como un enemigo de sus cosechas. El objetivo de Eddy y Nicaned es conseguir un equilibrio ecológico, donde los daños a los sembradíos sean mínimos y así se disminuya la matanza de saris.

Murciélagos cosechadores

La Luna tiene la cara partida por la mitad. En la noche, un poco de luz alumbra desde el cielo y Luis Arteaga Børth estira la red negra. Es como una gigante malla de voleibol. "Si no estuviera tan claro seguro caerían los murciélagos", afirma a tiempo de retirarse del lugar. En la cabeza lleva un lets, cinta con un reflector en la frente que sirve para iluminar el camino.

Son las ocho de la noche y luego de colocar las redes, Luis retorna a la estación. Entonces se oye un ruido de mallas. Uno de los pocos pobladores se topó con la red. Los murciélagos, temerosos de hacerse visibles por la luz de la Luna, permanecen dormidos.

Isabel Moya, esposa de Luis, es la coordinadora departamental del Programa Para la Conservación de los Murciélagos de Bolivia. Para ella, los murciélagos son "animales incomprensidos por el ser humano". También trabaja en Tunquini y cinco de sus 27 años los dedicó a seguir a estos mamíferos voladores. "No son ratones con alas, tampoco atacan a las personas, ni se enredan en los cabellos de las mujeres", aclara y deja escapar una sonrisa que le ilumina totalmente el rostro.

En Bolivia existen cerca a 110 especies de murciélagos y sólo tres se alimentan de sangre. "Por culpa del *Desmodus rotundus* (murciélago hematófago), los campesinos eliminan a los murcis". Isabel está preocupada y con sus estudios en Tunquini pretende demostrar las cualidades de este odiado volador nocturno.

Aunque algunas personas creen que son repugnantes a la vista, los murciélagos nectarívoros cumplen la misma función que los picaflones, mientras que los frugívoros son los encargados de la dispersión de semillas mediante sus defecaciones desde el cielo.

En el Programa Para la Conservación de los Murciélagos de Bolivia trabajan 14 personas. Altos árboles de Tunquini llevan, cual si fueran paraguas, colectores o trampas de semillas. Así, Isabel y compañía pretenden demostrar a los pobladores de la región, y a todos los interesados en la fauna en Bolivia, que los mamíferos nocturnos de orejas muy grandes y alas enormes son más beneficiosos de lo que la gente cree.

Alas libres en Tunquini

La región debe su nombre al "gallito de las rocas", el tunqui. El macho tiene el color del fuego, es rojo brillante, una pequeña cresta le rodea la cabeza, cual si fuera un casco. De ojos pequeños, infla su cuerpo para enamorar a la hembra. Ella es café y de menor tamaño. Los machos tienen la costumbre de juntarse en copas de árboles. Esos grupos se denominan Lecs, y entre todos convocan a una hembra para demostrarle sus cualidades. Ésta suele acercarse y se aleja pronto llevando tras sus plumas café una manada de fuego. Este pájaro también es objeto de estudio en la estación. Los investigadores pretenden conocer sus hábitos y costumbres para poder conservarlo en un futuro próximo.

El tunqui es esquivo ante las cámaras. Su contrario es el momotus, el ave más fotogénica del lugar. Parado sobre un poste o una rama, desde su plumaje plomo azulado mira a los humanos y su larga cola, que finaliza en dos plumas dispersas, se mueven cual si fueran parte de un reloj. El momotus es considerado, por los investigadores, el ser más estético y decorativo de Tunquini.

En la ciudad de La Paz, los biólogos dejan de lado sus pantalones camuflados y sus poleras de manga corta. Guido es profesor, Luis dedica cinco días a la semana a su hija y su esposa, mientras que Nicaned pasa dos semanas elaborando su tesis y el resto del tiempo ayuda a Eddy en Tunquini. Él es quien más tiempo se queda en la región. Puede

llegar a pasar meses allí. Eddy se alegra cuando llegan sus amigos, porque con ellos la estación es diferente.

La vida en Tunquini tiene su propio ritmo. Los murciélagos vuelan en la noche sin buscar cuellos en los cuales hundir sus colmillos; los tunquis atraviesan el cielo en el día y le dan fuego de colores al bosque. Juan y Pepe envidian el trato a Tiburoncín y éste extraña a Guido cuando se aleja. Nicaned y Eddy pasan sus días detrás del sari escogido. Y el tiempo va pasando, como la vida misma, siguiendo el ritmo acompasado de las colas de los momotus.

RECUADROS

Murciélago

Los murciélagos pertenecen al orden Chyoptera. De acuerdo con su alimentación, están divididos en frugívoros, insectívoros, nectarívoros, carnívoros, ictiófagos (que comen peces) y hematófagos (que beben sangre). Uno de los más grandes registrado en Bolivia es el *Vampirum spetrum*, que puede llegar a medir un metro con las alas extendidas.

Tiburoncín

El *Pimelodido rhamdia* es un pez que habita en ríos caudalosos que bajan desde las montañas. Su tamaño ronda los 15 centímetros y se alimenta de carne y peces pequeños. Por sus características de adaptabilidad, luego de un mes de estrés, el pez podría acostumbrarse a vivir en cautiverio. Así, cambiaría los ríos por los acuarios ciudadanos.

Tunquis

Su nombre científico es *Rupicola peruviana*. En los lugares que ha sido visto como Perú, Colombia, Ecuador y Bolivia ha sido denominado como el gallito de las rocas. Vive entre peñascos y cerca a los ríos. Los machos son de color rojo vivo y las hembras son café opaco. Para aparearse, los machos bailan para las hembras y éstas eligen a los que las convencen.

Momotus

Momotus momota es el nombre de esta ave azul plateada. Su chillido es similar a un canto que descontrola a quien lo escucha, porque no sabe de dónde proviene. No vuelan solos, siempre están hembra y macho juntos por los aires. Se alimenta de pequeños insectos. Su cola termina en dos plumas largas y separadas de su cuerpo.